

LA ENSEÑANZA DE LOS ESTIGMAS

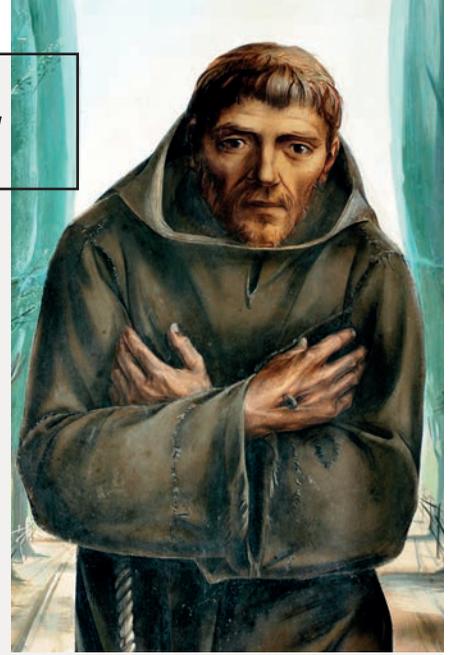
por fr. FRANCESCO DILEO

No fue un septiembre como los otros, una novena como las precedentes, una vigilia y una fiesta de San Pío similar a la de los años pasados.

El 17 de septiembre de 2024, todos las Órdenes Franciscanas conmemoraron los 800 años de la impresión de las llagas de Cristo crucificado sobre el cuerpo del primer estigmatizado de la historia. Providencialmente, esta fecha coincide con el cuarto día de la novena para la preparación de la fiesta litúrgica de nuestro místico Hermano, miembro de la familia religiosa fundada por el Pobrecillo de Asís y que hoy representa el último canonizado entre aquellos que han sido marcados, en su existencia terrenal, por las heridas de la pasión de Jesús. También en su caso, entre otras cosas, el don divino le fue concedido en el mes de septiembre. Los días que vivimos ponen, pues, delante de nuestros ojos el alfa y la omega de un gran regalo concedido por Dios a la humanidad: la presencia de un icono viviente del sacrificio salvífico de su Hijo que se renueva, desde hace ocho siglos, en algunos elegidos. Desde Francisco de Asís hasta Pío de Pietrelcina, –

pasando por Catalina de Siena, Teresa de Ávila, Rita de Cascia, Catalina de Ricci, Carlos de Sezze, María Magdalena de Pazzi, María de Jesús de León y Delgado, Verónica Giuliani; María Francisca de las Llagas de Nuestro Señor Jesucristo, Ana Catalina Emmerick, Ana Rosa Gattorno, Gema Galgani, Teresa Neumann, Marta Robin, María Faustina Kowalska, Elena Aiello, por citar algunos de los cerca de cuatrocientos estigmatizados – el Señor nos quiere recordar la realidad histórica y el significado teológico de su inmolación redentora. Quiere hacernos pensar, como hacía nuestro venerado Hermano, que celebramos como santo el 23 de este mes: “¿Por qué Jesucristo se sacrificó hasta la muerte? Para expiar nuestras culpas, me responde la fe. ¿Por qué resucitó con tal clamor de maravillas? Para darnos testimonio del logro de nuestra redención. En su muerte nos recuerda que estábamos muertos por el pecado, en su resurrección tenemos un modelo perfecto de nuestro regreso a la gracia” (*Epist. IV*, p.1120).

Quiere renovar también para nosotros, a través del ejemplo de este largo y luminoso rastro de sus imágenes crucificadas vivientes, la invitación que dirigió a sus discípulos: “El que



quiera venir tras de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga” (*Lc 9,23*). En diferentes ocasiones, el Padre Pío, para hacer entender que las llagas eran para él una continua tortura dolorosa, afirmaba: “Y tú, ¿Qué crees, que Dios me las ha dado para decorar?” (*Positio*, vol. II, p. 44; cit. p. 696). Pero también intentaba hacer comprender el valor de este sufrimiento, evidenciando “qué alivio le da a Jesús no solo compadeciéndolo en sus dolores, sino cuando encuentra un alma que por su amor le pide no consolaciones, sino que se haga partícipe de sus mismos dolores” (*Epist. I*, p. 335).

No a todos se le pide el mismo grado de heroísmo. A cada uno, sin embargo, se le asignan cruces para llevar, proporcionadas a la fuerza necesaria recibida para cumplir el *vía crucis* personal sin sucumbir y levantarse después de cada caída. A nosotros nos toca solo la tarea de aceptarlas con fe, para nuestra redención y la de los demás.

Esto nos enseñan, también y sobre todo en el mes de septiembre de 2024, Francisco y Pío con sus estigmas. ❖

© derechos reservados